DOMINGO III DE CUARESMA

Hoy la Iglesia nos presenta un texto del evangelio de Juan, donde Jesús expulsa del templo a los cambistas y sus animales. El evangelista nos dice que se acercaba la fiesta de la Pascua; esto nos ubica en un tiempo muy especial para los judíos, y también lo era para Jesús. Jerusalén se convertía en una ciudad llena de gente que venía de todas partes justamente para ofrecer sus sacrificios a Dios, recordando la liberación de la opresión egipcia. Una gran oportunidad para los comerciantes para vender bueyes, ovejas y palomas, teniendo en cuenta tanta gente que venía de ciudades apartadas de la gran Jerusalén, a quienes les favorecía comprar en el lugar el animal para ser ofrecido en el templo. Los más adinerados ofrecían bueyes, los de clase menos rica ofrecían ovejas y los pobres sólo podían comprar palomas. El templo era considerado el lugar sagrado para todo el pueblo judío; un lugar que congregaba a todos; un lugar dedicado al Dios de Israel que ha hecho tanto por su pueblo. Es el lugar del recuerdo, de la memoria, de la oración, de la alabanza, de la súplica. Y aquí viene la incoherencia que se vivía: lo que era un lugar para la oración se convirtió en un espacio comercial, bullicioso y lleno de dispersión. La fiesta más importante del año, la Pascua, estaba muy cerca de convertirse en una fiesta pagana, donde el centro no era Dios sino aprovechar el momento para sacar plata a la gente, sobre todo de aquellos que venían desde muy lejos. Por eso Jesús interviene enérgicamente; no está en contra de la venta de animales ni del sustento de los vendedores, sino del lugar donde ejercitan la venta y la compra. Imaginemos una iglesia adonde queremos ir a rezar en paz, y de repente se instala un mercado adentro, con gente que grita precios y hace ofertas, con gente que se empuja y se amontona para comprar, etc. El templo como lugar de recogimiento se convierte en un shooping donde el corazón deja de mirar a Dios, y se entretiene con luces, canciones, colores, ruidos, mensajes de whatssap, personas, pensamientos, recuerdos, obligaciones, trabajos,…Los bueyes, ovejas y palomas no son animales, sino son todas estas cosas que nos dispersan de nuestro diálogo con el Señor. El templo no es sólo una iglesia sino también es nuestro corazón, donde abundan estos “animales” que nos desvían de nuestro encuentro con el Señor. Aún nuestras celebraciones pueden estar llenas de cosas que en vez de ayudarnos nos descolocan.

Volviendo al texto, Jesús hace un látigo de cuerdas; no es una cadena ni un elemento hiriente. No busca herir a nadie. El texto dice, “para echar” a todos los que habían convertido el templo en una casa de comercio. “Desparramó las monedas” y “derribó las mesas”. Es como si dentro de la iglesia hubiera cajeros automáticos, o una sede de la bolsa de comercio, o una casa de cambio de moneda. “Echar, desparramar, derribar”: tres verbos que hablan de la acción potente de Dios para hacernos comprender que estamos errando el camino. Veamos cada uno de ellos.

a)-Echar del templo: significa sacar todo lo que no es necesario para encontrarse con Dios; aquello que estorba, que confunde, que aleja de Dios. Sacar fuera aquello que parece bueno pero que en realidad no es. Los animales que había en el templo eran justamente para alabar a Dios. Jesús, al correrlos del templo, está implantando un nuevo modo. El cordero que se ofrece a Dios será Jesús mismo. Los bueyes, las ovejas y las palomas, ya no son necesarios para hablar con Dios, para pedirle perdón, para recibir su gracia.

b)-Desparramar las monedas: Dios no necesita monedas, sino el corazón de los hombres. La única moneda que pide es el amor. El amor es más valioso que todo el dinero del mundo. Nada de las cosas que tenemos nos servirá para entrar al cielo. Dios no hace comercio: no compra ni vende. Dios no cobra cada vez que lo buscamos para charlar y contarle nuestras cosas. Nuestra vida es la mejor ofrenda para Dios.

c)-Derribar las mesas: ¿por qué poner otras mesas si una sola es importante? Las mesas de la corrupción, del engaño, del aprovechamiento de la ignorancia del más pobre, del sacar ventaja a costa de los más débiles, estaban presentes en el templo. Jesús tenía razón en sacar estas mesas fuera. Sólo una mesa es importante: la mesa del ofrecimiento del corazón a Dios.

El evangelio termina diciendo que Jesús conocía lo que había en el corazón de los hombres, por eso actúa. Sabía que detrás de todo no había buenas intenciones. Y como Jesús conoce nuestro corazón, creo que este tiempo de la Cuaresma, es un buen momento para dejar que eche fuera del templo de nuestro corazón, todo aquello que no favorece a nuestro encuentro con Dios.